

April Z. Monroe



Multimillonario

Perverso

LIBRO 2 - SERIE MULTIMILLONARIO

MULTIMILLONARIO PERVERSO

Libro N°2 – Serie Multimillonario

Por: April Z. Monroe



Copyright © 2020

Todos los derechos reservados.

No se autoriza la reproducción de este libro ni de partes de este en forma alguna, ni tampoco que sea archivado en un sistema o transmitido de manera alguna por ningún medio -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, audio, video u otro- sin permiso previo por escrito del autor, con excepción de lo previsto por las leyes de derechos del autor en los Estados Unidos de América.

El autor no asume responsabilidad alguna por el uso que haga del contenido de este libro. El lector es responsable único de sus actos.

¿Cuál es tu precio?

Es la pregunta que me he hecho a mí misma desde hace unas semanas.

Mudarme no fue fácil, no suelo adaptarme a los cambios rápidamente, sin embargo, necesitaba cambiar de ambiente, ¡necesitaba renovar mis energías! Por lo que me mudé a una gran ciudad, en donde los edificios parecen rascacielos, uno tras otro, imponiéndose cual obras de arte.

Me sentí afortunada al ser contratada como agente inmobiliaria, fue la principal razón por la que decidí mudarme y, no lo puedo negar, soy buena para eso, es a lo que me he dedicado desde hace ya algunos años. Sentía que estaba en donde debía estar.

El problema era la soledad. Cambiar de residencia era empezar de cero, dejé a mi círculo social muy lejos de mí, y ahora debía empezar a hacer nuevos amigos. Es probable que mi trabajo me ayudara a lograrlo, ya que estaba socializando constantemente con clientes y colegas.

Mi madre era la principal afectada, antes de irme tuvimos una conversación que resuena en mi mente como si la estuviera viviendo a cada instante, cual deja vu.

—Hija querida, ¿qué vas a buscar en otro lado? Aquí lo tienes todo, no necesitas nada más.

—Mamá, siento que me he quedado bloqueada, encerrada en la misma rutina. Lo prometo, será solo por unos meses, dependiendo de cómo me vaya decidiré si tengo los recursos suficientes para llevarte conmigo o si debo regresar.

—Diana... no tienes nada que buscar. Te vas a buscar problemas, porque no te conformas con la tranquilidad que te da tu hogar.

—No es eso mamá...

—¿Y tus amigos?, ¿y tu novio Rafael?

Mamá... Rafael y yo nos dimos un tiempo, necesitamos aclarar nuestras mentes. Y mis amigos no dejarán de serlo.

¡Tranquila! Me están ofreciendo un trabajo prometedor, que nos puede ayudar mucho si me va bien.

—Espero que así sea, y que no te arrepientas.

Emprendí el vuelo, y dejé a mi mamá con lágrimas en los ojos, a mis amigos con expectativas sobre mi futuro, y a Rafael, completamente consternado.

Siempre fui una chica obediente, era la primera decisión que tomaba sin consentimiento de mi familia o de mi novio. Además, el qué dirán es sumamente importante para mí, me gusta cuidar de mi imagen y de mi reputación.

Sé que, si logro cosas buenas con este nuevo empleo, me permitiré demostrarle al mundo que nací para el éxito y para nada más.

2

Los primeros días fueron de adaptación, conocer cómo manejarme en mi nuevo empleo, aprender las calles, conocer a algunos vecinos y aclimatarme al nuevo lugar.

Sin embargo, las personas no eran como en mi viejo hogar, en donde la familiaridad, el cariño y la confianza eran parte de la vida diaria. Aquí me dieron la bienvenida, pero los vecinos y colegas eran algo distantes, todos centrados en su vida o en su trabajo.

Y, no era para menos, eso era exactamente lo que debía hacer yo ¡Qué ingenua! ¿Acaso esperaba que me recibieran con abrazos? Debo adaptarme a la personalidad de esta sociedad si quiero lograr algo.

La competencia en la empresa en donde laboro es bastante fuerte, hay grandes vendedores con habilidades increíbles. Pensé que era buena, pero aquí hay verdaderos expertos.

Por lo tanto, debo hacer todo lo posible para estar a su altura, quiero destacar y sé que puedo hacerlo.

—¡Tres meses! —me aclaró José, el gerente de ventas—. Tienes tres meses para lograr la venta de veinte casas, como mínimo.

Mientras tanto, yo estaba tomando nota de todo lo que me decía.

—La empresa constructora Pierce ha contratado nuestros servicios para vender todas las casas que construyan en esta región. Somos la mejor agencia de este y otros países, por lo tanto, nuestros agentes deben ser los más calificados.

Estaba dispuesta a cumplir con todas sus expectativas.

—La estaremos evaluando constantemente, en los momentos que usted menos espere. Así que no baje nunca la guardia.

Asentí y me retiré.

Me di cuenta de que esta, era la oportunidad de mi vida. Si me contrataban, muchos de mis problemas estarían resueltos.

Ahora solo tengo que ver cómo hago para vender veinte casas en los próximos noventa días para quedar seleccionada... no parece un reto fácil de alcanzar, pero tampoco imposible.

Además, son mansiones y casas de mucho lujo, sé que hay un selecto mercado que está dispuesto a invertir en este tipo de propiedades.

3

Empecé con mi labor, tenía mucho por hacer los próximos meses así que debía administrarme bien. Organicé mis tiempos y me planifiqué escrupulosamente para cumplir con la meta. Todo estaba calculado.

A la semana pude concretar tres ventas, era un buen inicio, considerando que no conocía a nadie, que mis “colegas” no me aconsejaban y que solo estaba trabajando bajo las indicaciones de Jenny, mi jefa, quien expresaba estar satisfecha con mi desempeño.

—¡Muy bien Diana!, te has adaptado muy rápido en tu primera semana. La mayoría de los postulantes nunca consigue hacer una venta la primera semana, es algo complicado. Si sigues mejorando tu ritmo alcanzarás la meta en menos del tiempo estimado.

Me guiñó el ojo y se retiró para que continuara trabajando. Jenny era una mujer muy amable, tenía muchos años trabajando para la agencia y su gran experiencia lo hacía notar. Sin embargo, parece que, por su edad, no consideraban su ascenso.

Sentía una gran tranquilidad de que ella fuese mi jefa, a diferencia de José —el gerente— que lo único que hacía era exigirnos y presionarnos.

Pasaron dos semanas y la confianza en mí misma había aumentado considerablemente: había concretado siete ventas. Jenny me daba ánimos y me enviaba mensajes motivadores, ella sabía el potencial que había en mí.

Mientras tanto, por mi parte, solo podía comprar una botella de vino y brindar en soledad por cada éxito. Hacía videollamadas con mi madre y mis amigos para darles las buenas nuevas, ellos celebraban conmigo en la distancia.

Los extrañaba, pero también les demostraba lo mucho que era capaz de alcanzar por mi propia cuenta, y eso me hacía sentir grandiosa.

De vez en cuando hablaba con Rafael, él se sentía orgulloso de mí. A pesar de habernos dado un tiempo, seguíamos hablando, era inevitable no extrañarnos después de tres años de noviazgo.

4

El día lunes de la tercera semana recibo una llamada, era un hombre, por su tono de voz parecía ser mayor de edad.

—¿Señorita Diana Gutiérrez?

—Buenas tardes, con ella habla —respondí.

—Ehmm hola señorita, soy Carlos López, estoy interesado en una vivienda, vi su número de teléfono en el anuncio, quisiera conocer el lugar.

Me sentí muy contenta, ya estaba rumbo a concretar mi octava venta. Le di todas las indicaciones al señor para vernos en el lugar, en la mañana del día martes.

Martes por la mañana, me puse mi uniforme y salí temprano a la residencia en venta, el día estaba nublado, pero nada impediría que llegara a tiempo.

Al llegar al lugar, no había nadie, el señor López no estaba. Decidí esperarlo por quince minutos, el clima no era favorecedor para conducir y menos para una persona de edad avanzada.

Entré a la casa y me senté en una de las sillas del comedor. Aproveché el tiempo para llamar a mi madre y conversar con ella pero, pasados veinte minutos, me preocupé, el señor López no había llegado.

Pasados treinta minutos, recibo su llamada.

—¡Señor López! ¿cómo está? Tengo rato esperándolo.

—¿Revisó en la mesa de estar? —Me preguntó.

—Ehmm, ¿disculpe? No entiendo de qué habla.

—Desde la puerta principal camine hasta el fondo, verá una gran mesa, ahí hay algo para usted.

—Gracias —respondí— colgué de inmediato.

No sabía lo que ocurría, estaba sola dentro de una gran mansión, y un hombre que se supone, sería mi cliente y que nunca había entrado, parece conocer el lugar mejor que yo.

Me puse nerviosa, pensé que sería una mala broma por parte de algunos de mis colegas, pero ¡imposible! Si apenas nos conocíamos, su competitividad por entrar a la empresa era tan grande, que no dedicaban tiempo para hablar, al menos con sus rivales.

Me dirigí al pasillo que daba a la sala de estar, mis piernas temblaban, nunca me había encontrado en una situación como esta. Por mi mente pasaban un sinfín de escenarios y en todos yo terminaba mal.

Sin embargo, nada malo pasó, al llegar, eché un vistazo en la mesa y había un sobre blanco “Diana Gutiérrez”, decía.

Me sentí impaciente por saber qué había en su interior, así que lo abrí. Era una carta y decía lo siguiente:

“Quiero una noche con usted”

Leerlo me causó demasiada risa, el señor Carlos López irrumpió en una propiedad para escribirme una carta, era la forma de cortejo más insólita que había experimentado en mi vida.

En el pie de la carta, decía lo siguiente:

Tome el bolígrafo que está en la mesa, responda en esta misma carta y déjela en la mesa. Yo la contactaré.

No respondí absolutamente nada, no iba a involucrarme en este juego sucio. Así que me deshice de la carta, no quería dejar evidencia de esta propuesta absurda, arruinaría por completo mi reputación si alguien más se atreviera a leerla.

Me sentí fuera de lugar, pero a la vez sentía curiosidad, no sabía qué pasaba, o si era un anciano que lo único que quería era tener una noche de pasión con una mujer. En ese caso, ¿por qué yo?

En ese momento recordé aquellas palabras del gerente de ventas:

“La estaremos evaluando constantemente, en los momentos que usted menos espere. Así que no baje nunca la guardia”.

¡Seguramente era parte de la evaluación!

Llegué a la oficina y estuve a punto de contarle a Jenny, pero sería darle demasiada importancia a algo que me está haciendo perder el tiempo, distrayéndome de mi meta principal, vender las 20 propiedades. Así que volví a mis deberes y olvidé lo que había pasado.

El día miércoles en la mañana recibo una llamada —número desconocido— ahora sí, seguramente es otra cliente, atendí de inmediato.

—Muy buenos días, habla Diana Gutiérrez.

—Hola, señorita Gutiérrez —respondió una dulce voz—, estoy llamándola por la casa que se encuentra a la venta en la residencia Green...

En efecto, una cliente, esta vez si sería la primera venta de la semana, ya lo había decretado. Me preparé para ir a su encuentro en la tarde, de esta forma concretaríamos todo lo más pronto posible.

En esta etapa de evaluación debíamos vender las casas a un costo estipulado, sin embargo, lo importante para la agencia no era tanto el costo, sino nuestra capacidad de atraer clientes y convencerlos de que esa era la propiedad que debían adquirir.

Me preparé y salí rápidamente en dirección a la propiedad de la Residencia Green. Estaba animada y un poco impaciente, las últimas dos semanas habían sido bastante productivas, en cambio esta, parecía ir muy lento y sin ningún resultado.

Llegué a la residencia diez minutos antes, decidí entrar, hacía frío, el invierno se estaba asomando y no quería resfriarme, sería algo fatal resfriarme en este periodo de prueba, mi rendimiento se vería afectado.

Pasaron los diez minutos y salí al patio, para ver si había llegado, pero no había rastros de la joven. Volví adentro y esperé diez minutos más.

Pasado ese tiempo me sentí indignada, nuevamente perdiendo el tiempo, pero esta vez estaba decidida a concretar esa venta así que traté de tener pensamientos optimistas.

Veinte minutos después sonó mi teléfono, era mi nueva clienta, respondí rápidamente:

—¡Señorita! —respondí animada—, ya le estoy esperando.

—Ho- hola!, necesito que me escuche. Vaya a la mesa de la sala principal, encontrará algo que es para usted.

Esto parecía una broma ¿de nuevo? Respondí molesta.

—Pero... ¿quién la envía? Es el señor Carlos López.

—No —responde la joven—, él no tiene nada que ver —colgó.

Esta vez estaba fúrica, así que fui rápidamente, como era de esperarse, una carta. La abrí, la carta decía lo siguiente:

“Quiero una noche con usted”

En el pie de la carta, decía nuevamente:

Tome el bolígrafo que está en la mesa, responda en esta misma carta y déjela en la mesa. Yo la contactaré.

No estaba dispuesta a seguir con esta burla, así que tomé el bolígrafo y escribí grande y en mayúsculas.

“NO!”

Dejé la carta en la mesa y me retiré.

Estaba muy indignada, no había concretado ninguna venta en lo que iba de semana y ya Jenny estaba empezando a preocuparse de que mi rendimiento bajara tan bruscamente. Alegué que era normal, que en el mundo de los agentes inmobiliarios había semanas buenas y otras malas. También le prometí que la próxima semana volvería al ruedo.

El día jueves no recibí llamadas de ningún cliente. Esto estaba mal, hace unos días tenía citas pautadas en la mañana y en la tarde, todas las ventas se hacían de forma satisfactoria, tenía la semana más que ocupada. Ahora estoy sentada esperando a los clientes.

Llegó el viernes, recibí una llamada. Seguí el protocolo y, por la tarde, estaba esperando al cliente en la puerta de la propiedad que estaba por vender.

Temía que no pudiera vender ni una sola casa esta semana, también temía que siguieran jugando conmigo. Pero, esta vez un carro se detuvo frente a la propiedad.

Efectivamente, era lo que parecía ser “mi cliente”, sin embargo, solo bajó los vidrios del auto y extendió su mano para darme una carta. Después de que la tomé, exclamó.

—Respóndala y déjela en la mesa que se encuentra en la sala de estar.

Nuevamente pasaba por lo mismo, estaba apunto de llorar, nada esta semana pudo haber salido peor. Esta vez era un joven quien me la entregaba, difícilmente tendría 28 años.

Entré a la casa y leí la carta:

“Te ofrezco 5000\$ por una noche”

“Tome el bolígrafo que está en la mesa, responda en esta misma carta y déjela en la mesa. Yo la contactaré”.

Esta vez, adicionalmente, en el pie de la página se encontraba una firma.

E. Johnson.

Era bastante dinero, pero no sabía qué hacer al respecto, ¿qué hacer para acabar con todo esto? Esta persona no solo estaba agotando mi paciencia, sino también las posibilidades de quedar seleccionada en la agencia. Tenía que actuar cuanto antes.

Así que, decidida, tomé el bolígrafo y respondí.

“No quiero ni necesito su dinero, no me haga perder el tiempo”.

5000\$ no me caerían nada mal: pagaría mis deudas, traería a mi madre conmigo y rentaría una mejor casa, pero ¿venderme? Era demasiado. Además, no conocía a quien estaba detrás de todo esto.

Volví a la oficina de nuevo, derrotada. Estaba demasiado intrigada así que decidí hacerle una pregunta a Jenny, pero traté de ser lo más discreta posible.

—Jenny, ¿tú conoces a alguien de apellido “Johnson” que trabaje en esta empresa?

—Ehmmm —respondió pensativa—. La verdad conmigo nunca ha trabajado alguien con ese apellido. Pero con los años que llevo aquí, podría decirte que sí hay una persona con ese apellido, pero, se trata de uno de los accionistas mayoritarios de esta empresa, aunque nunca se le ha visto por aquí, ni se conoce su apariencia ¿por qué la pregunta?

—No, por nada. Gracias, Jenny.

¿Podría ser posible que uno de los accionistas me esté ofreciendo dinero para acostarme con él? ¡ja! Eso es insólito. Descarté por completo esa posibilidad.

La semana siguiente seguí recibiendo llamadas, pero parecía estar en un juego que no tenía final. Ya yo sabía que cada cliente, cada casa, no era más que una coartada para encontrarme con una nueva carta.

Tres veces más me citaron. En la primera subía la oferta a 10.000\$ —me negué—. La segunda oportunidad duplicó el monto “20.000\$ por una noche”, me negué.

En la tercera oportunidad me di cuenta de que no cambiarían las cosas si no actuaba. Eso implicaría que seguiría perdiendo el tiempo, y que no tendría más ventas en los próximos tres meses.

No me podía permitir eso ¿A dónde se fueron los clientes verdaderos? No entendía cómo cada llamada que recibía, tenía que ver con esa artimaña que me estaban jugando.

La carta, en esa ocasión, decía lo siguiente:

“Te ofrezco 30.000\$ por una noche”

“Tome el bolígrafo que está en la mesa, responda en esta misma carta y déjela en la mesa. Yo la contactaré”.

Abajo, la firma de siempre: “E. Johnson”.

Esta vez respondí:

“Acepto”

Quería saber de qué se trataba todo, pero también pensaba en lo que podría hacer con ese dinero —de ser verdad la propuesta—. Sería la solución a muchos de mis problemas económicos.

Pero, no podía pensar demasiado, debía mantener la mente fija en el objetivo. Necesitaba salir de este laberinto que estaba arruinando mi futuro y que no se iba a detener hasta que yo aceptara.

Volví a la oficina sin otra venta concretada, Jenny empezó a cuestionarme, a preguntarme qué me pasaba que no había resultados cuando, al principio, podía hacer las ventas de forma tan espontánea.

—Tranquila, Jenny —le respondía— te aseguro que voy a cumplir con la meta a tiempo.

Pero, al paso que iba, cada día que pasaba hacía más complicado que lograra la meta. “7 ventas llevo, solo siete, necesito salir de este obstáculo lo antes posible para poder progresar”.

Tuve que cambiar mi planificación por completo, ahora mi destino era impredecible.

Pasaban los días y no recibía ningún cliente, tampoco me contactaba nadie, estaba por cumplirse la cuarta semana, y yo estaba a la deriva. Al principio, era el número uno entre los postulantes, ahora había perdido ese lugar, pero no era mi culpa.

Martes de la cuarta semana, recibo una llamada, número desconocido. Esta vez era la voz de un hombre, se escuchaba muy neutral y centrado.

—Señorita Gutiérrez —exclamó—, estoy interesado en la mansión de la calle Peninton.

La mansión de la calle Peninton, una de las propiedades con mayor valor económico. Pero, ya no sabía qué era verdad o qué era mentira, así que simplemente seguí con el protocolo. Le di las indicaciones y pautamos que para el miércoles en la tarde, le presentaría el lugar.

Se me ocurrió la idea de llegar al lugar con un policía, así, si no era una compra, sino que era parte de ese juego grotesco, tenía pruebas para demostrarlo y empezar una denuncia por acoso.

Sin embargo, un sobre con mi nombre no sería una prueba contundente. Además, es mi prioridad quedar en esa empresa, si comienzo una denuncia, quedaría inmediatamente fuera de ella, lo que me costaría un futuro exitoso.

Y... ¿qué decir de mi reputación? Sería catalogada como aquella agente de bienes raíces que fue víctima de acoso. O, peor aún, ¿si es una compra real? Entonces quedaría como una tonta.

Ante todas esas desventajas, preferí no continuar con ese plan policíaco. No involucraré a más nadie en este juego y mucho menos lo haré público, lo solucionaré por mis propios medios.

Llegó el miércoles, detestaba el invierno, comenzaron las tormentas y siempre había que procurar estar seco y a salvo en la seguridad en la oficina o la casa. Sin embargo, yo necesitaba vender. Así que me monté en el auto y conduje.

A las 5 en punto de la tarde estaba en la mansión de Peninton, un lugar maravilloso, sería un sueño hecho realidad vivir en un lugar de tal calibre.

Llegué puntual, el cielo oscuro y las noticias advertían una arrasadora tormenta. Así que, de inmediato, entré a la mansión.

No esperé demasiado, como era de costumbre caminé hacia la sala principal y me dirigí a la mesa. “Si esto es parte del juego, habrá un sobre blanco en la mesa” pensé.

Caminé apresuradamente, huyendo también de los truenos amenazantes, me dirigí a la mesa y, efectivamente, había un sobre blanco que decía “Diana Gutiérrez”.

Me sentí indignada, en el fondo tenía la esperanza de que se tratara de una venta de verdad. Vender esta mansión sería un gran logro para una trabajadora que apenas se está postulando al cargo. Pero, todas mis esperanzas se fueron a la basura, la compra de la mansión de más de dos millones de dólares no se iba a concretar.

Resignada a que no vendería nada ese día, tomé el sobre y lo abrí. Pero, esta vez no se trataba de una carta, era un cheque.

30.000\$ era la cifra del cheque, firmando a nombre de Johnson. Quedé impactada, pensé que, posiblemente, no recibiría ningún pago, que solo era una broma pesada. Pero el cheque era auténtico, todo estaba en perfecto orden.

Me senté y guardé el sobre blanco, pero me di cuenta que, detrás de este, había un escrito.

“Sube las escaleras, entra en la primera habitación a tu mano derecha y prepárate”

Mi corazón empezó a latir fuertemente, ¿qué es esto? ¿y si se trata de un psicópata? ¡No lo sé! Dejé el sobre en la mesa y traté de escapar, pero, la puerta principal estaba cerrada con seguro... intenté salir por la puerta trasera y también estaba cerrada.

Estaba tan asustada, me di cuenta que el pánico me había invadido, además, los truenos y la gran tormenta tampoco me dejarían llegar muy lejos.

No tenía otra alternativa, le daría la cara a aquello que comencé. Volví a la mesa, tomé ese cheque y lo metí en mi bolsa. Luego subí las escaleras y entré a la invitación que se me había indicado.

Al abrir la puerta, quedé impactada, la habitación era espectacular, un castillo. Pero, no había nadie en la habitación, sobre la cama había una lencería negra y una nota que decía “póntela”.

Me quité la ropa y la doblé delicadamente en un lugar cercano, si debía salir corriendo tendría mis prendas a la mano. Procedí a colocarme la lencería, muy sensual, y de mi talla. Me sentía una diosa en este atuendo.

En la cama había otra nota que decía lo siguiente “tapa bien tus ojos y siéntate frente a la ventana”, dicha nota estaba sobre una venda negra, hice lo que se me ordenó. No podía ver absolutamente nada, el sonido de los truenos y la lluvia me daban mucho miedo, me sentía desolada.

De pronto, escuché la puerta. Me sobresalté.

—Diana Gutiérrez —exclamó la misma voz con la que había hablado por teléfono—. Por fin nos conocemos.

—Sí, por fin —respondí, con un tono muy seco.

El hombre llegó por detrás, arregló bien la venda en mis ojos, procurando que no viera nada. También revisó mis manos, y caminó por la habitación.

Supongo que solo esperaba que nada estuviera fuera de lugar, o que no estuviera tramando algo para escapar.

—Deja el miedo, niña —me dijo—. No te haré nada que te haga sufrir.

—¿Por qué haces esto conmigo? —pregunté.

—Porque me gustas —respondió.

—Ni siquiera te conozco, Johnson.

—Yo sí a ti, Diana.

Su voz ronca era muy sensual, podría estimar, por su tono de voz, que tenía unos 36 años. Yo, a mis 27 años nunca imaginé en verme en una situación similar.

Me ordenó que me levantara, lo hice, y él se puso frente a mí. Tomó mi rostro y lo acercó al suyo, me empezó a besar profundamente, su lengua paseaba por toda mi boca de forma voraz.

Me dejé llevar, no tenía opción, ya había entrado en este juego. Aunque era incómodo no poder verlo, y ni siquiera haberlo conocido antes.

Yo decidí quedarme callada y seguir sus instrucciones. Sabía que, si terminaba con su capricho, ya no me volvería a molestar. Así que seguí el juego que, hasta el momento no iba del todo mal.

Mi única experiencia sexual había sido con Rafael, pensé que esta era la oportunidad para elevar mi sexualidad al siguiente nivel. No es la forma más común, pero me siento deseada por este hombre, aunque no lo pueda ver.

Al terminar el beso me dijo “tranquila, esta noche voy a disfrutar de cada dólar por el que pagué, eres una chica muy difícil de convencer”.

Empezó a tocar mis senos con mucha habilidad, de un momento a otro, mis pechos estaban al aire en esa habitación. “Me encanta lo blanco de tu piel”, me decía susurrando “y tus pezones rosados”. Los acarició con sus dedos y luego con su lengua mientras liberaba sus manos para explorar el resto de mi cuerpo.

Yo estaba ahí, de pie, los nervios poco a poco se iban reemplazando por una excitación extrema. Sus masajes en mi cuerpo me relajaron mucho, él sabía cómo tocar a una mujer.

Me acostó boca abajo, mordió mi cuello, me acarició la espalda y mordió lentamente mis glúteos y mis piernas. Llegó a mis pies, los besó lentamente y pasó su lengua.

Su lengua dejó un rastro de saliva por todo mi cuerpo. Se paseó por cada rincón, no quedó un espacio de mi que no conociera: abdomen, muslos, senos, piernas. Al recorrer mi cuerpo, sentía la erección por debajo de su pantalón, también pude darme cuenta que estaba sin camisa.

Sin embargo, todavía no tocaba mi zona íntima y yo estaba más mojada y excitada que nunca, quería exigirle que me penetrara, pero temía arruinar sus planes.

En mi rostro se veía la desesperación, lástima que no podía ver mis ojos y yo los suyos, para que observara el deseo que sentía de consumir el acto.

Una vez conoció todo mi cuerpo, se fue hacia mi pelvis, bajó cada vez más, y empezó a disfrutar con su boca de toda mi humedad.

Al llegar ahí se escuchó maravillado, sentía que quería comerla toda. Lo hacía tan bien que no pude contener un gran orgasmo que me hizo gemir sin control.

Procuró que estuviera muy cómoda y luego me preguntó ¿estás preparada? Respondí que sí. De inmediato mordió mi cuello, no sé cuándo retiró su pantalón, pero su miembro, muy erecto, estaba rosando mi pelvis.

Nunca había estado con un hombre tan dotado, me empezó a penetrar y yo solo disfruté de todo lo que estaba sintiendo. Me sentí en el cielo, no sé cuánto tiempo tuve que esperar para que él me penetrara y por fin lo hacía, era lo mejor que había experimentado en mi vida.

Él quería hacerme sentir tranquila y me decía, “no te preocupes por lo que pase, tengo todo bajo control”. Seguía penetrándome de múltiples formas.

No aguanté más, tampoco pude contener mis gemidos. Llegué al orgasmo como nunca antes lo había hecho, por su parte, él, extasiado al verme y escucharme, también llegó al clímax. Había llegado al orgasmo dentro de mí, y había sido la sensación más increíble que había sentido.

Descansamos un poco. Él se compadeció de mí y me quitó delicadamente la venda de los ojos. Quería saber cómo era ese hombre que me había hecho sentir tantas cosas, y había llegado el momento.

Al verlo, quedé sorprendida. Era un hombre de piel bronceada, cabello castaño, ojos verdes, y cuerpo definido, era el hombre más guapo que había visto en mi vida. Parecía un ángel y yo no sabía qué decir ante tal imagen.

Él me miró a los ojos fijamente.

—Un placer conocerte nuevamente, Diana. —exclamó.

—Emmm... igualmente, ha sido toda una maravilla —dije un poco apenada.

No pude evitarlo, y, sin decir más nada, me dejé llevar por mis instintos. Me puse frente a él y empecé a acariciar su miembro con mi lengua. Lo hice de forma incesante, y por largo rato, no me cansaba de saborearlo. Finalmente él llegó nuevamente al clímax, esta vez, en mi boca.

Esa noche todo fue increíble, primera vez que me sentía tan excitada y deseada. Luego me quedé profundamente dormida.

Amanecí en la mansión, la tormenta había cesado en el transcurso de la noche. Johnson no estaba, tomé una ducha rápida y me puse la ropa para ir de vuelta a mi casa, me esperaba un largo fin de semana. Estaba animada, al menos ese juego no estuvo tan mal. Además, tenía 25.000\$ en la cartera.

Al llegar a mi casa y sacar el cheque salió también del sobre una pequeña pastilla con una nota "tómala de inmediato". Me causó gracia "este hombre tenía todo fríamente calculado", pensé.

Me sentía tranquila, pero igual quería lograr mi objetivo: ganarme el puesto en la agencia inmobiliaria. Nada me iba a detener, ni siquiera un loco y apuesto hombre que se aprovechaba de mi trabajo.

Llegó el lunes, fui a mi trabajo esperando que, después de todo esto todo volviera a la normalidad. Y, efectivamente, así fue. Esa semana concreté cinco ventas, sorprendentemente, una de esas ventas fue la maravillosa mansión en donde había pasado una de las noches más eróticas de mi vida.

Jenny se sorprendió mucho al ver que pude vender esa mansión, incluso José me felicitó, parecía que todo estaba cada vez mejor.

Llamé a mi madre y le dije que las cosas iban muy bien, que no se preocupara. También mis amigos se alegraron al recibir noticias mías.

Pero, un día, pasó algo que no esperaba nunca. Recibo una llamada de Rafael.

—¡Hola amor! Lo he pensado mucho y...

—¡Hola Rafael! —interrumpí rápidamente— ¿pasa algo?

—Sí, pasa que estoy en el aeropuerto, vine a visitarte y agradecería que pasaras por mí.

¿Pero qué diablos? Pensé que no volveríamos a estar juntos y ahora quiere retomar la relación. Después de que yo hice todo eso... ¡qué inoportuno!

Pasé por él y me recibió con un gran beso en los labios. Sinceramente, después de mi experiencia en la mansión Peninton, sus besos eran insípidos. Me sentía muy mal, pero era algo que no podía ocultar.

Lo acompañé hasta mi casa y me tomé la tarde, a fin de cuentas, me estaba yendo muy bien.

Rafael me puso en una situación muy difícil, la experiencia con Johnson había cambiado una parte de mí, ahora quería explorar más cosas y sé que con él sería siempre lo mismo.

Pasaron algunos días y no concretaba ninguna venta, pero estaba tranquila, tenía doce casas vendidas, eso me ponía de nuevo en el primer lugar y tenía todo el tiempo disponible para terminar mi objetivo.

Rafael estaba en mi casa y, cuando yo no estaba, se ocupaba en conocer la ciudad y sus alrededores. Pero, una noche, al llegar a casa, me recibió con una cena romántica. No supe cómo responder, comimos y tomamos un poco de vino.

Al terminar la noche, pasó lo que tenía que pasar, Rafael y yo tuvimos sexo. No dejaba de pensar en Johnson, pero también tenía la certeza de que fui solo un capricho y que no lo volvería a ver, tenía que continuar con mi vida como de costumbre.

Pasaron unos días, Rafael estaba contento por volver conmigo, por mi parte, no sentía demasiada emoción, sin embargo, eran tres años de relación que no quería echar a la basura de una forma tan brusca. Definitivamente mi vida personal no era tan satisfactoria como mi vida profesional, me sentía incompleta, y pensaba que Rafael era un hombre demasiado básico para mí.

Pero, no puedo menospreciar su cariño, es alguien que ha estado para mí en mis peores y mejores momentos desde hacía ya un buen tiempo. No podía juzgarlo por ser monótono y común, era su naturaleza.

En el trabajo estaba empezando a preocuparme, esta vez las ventas se volvieron casi nulas, nuevamente estaba en cero. Pero, esta vez no era por culpa de un juego o una artimaña, sencillamente, no recibía llamadas de ningún cliente o interesado.

Pasé una semana entera sin vender y Jenny me preguntó que, si las cosas estaban bien, respondí que sí “mejor que nunca” con un tono bastante desanimado.

Pero pasaba todo lo contrario, me volví una persona inconforme después de mi encuentro con Johnson. El sexo con Rafael no era absolutamente nada en comparación, y me sentía culpable al compararlo.

Johnson solo fue un corto capítulo de mi vida, me repetía constantemente, es momento de olvidarlo.

6

Cumplía los dos meses en el trabajo, pensé que las cosas mejorarían, pero no fue así. De nuevo perdí el primer lugar y esta vez, por más que intentaba solucionarlo, no encontraba remedio. Ya no estaba en un juego, estaba en la vida real.

Un día cualquiera, recibí una llamada telefónica “número desconocido” Debía ser un cliente por lo que respondí inmediatamente.

—¿Señorita Gutiérrez? —exclamó la voz de un señor adulto.

—Sí, buen día, con ella habla...

Efectivamente, era un cliente. Sentí un gran alivio, como siempre, seguí el protocolo y quedamos en vernos ese mismo lunes por la tarde. Se trataba de la venta de una quinta pequeña, pero era mi oportunidad para salir de esa breve racha de mala suerte por la que había pasado.

Llegada a la tarde, estaba frente a la quinta, muy puntual, para mostrarle a mi nuevo cliente todos sus espacios. El sol había salido después de mucho tiempo por lo que preferí esperar afuera de la casa, en el patio.

A los diez minutos de espera, vi que llegaba una camioneta de gran lujo y se detenía justo al lado de mi coche. Pensé que era el cliente nuevo, pero la opulenta apariencia de ese automóvil no parecía concordar con la compra de esa sencilla casa.

Alguien se baja de la camioneta, el brillo del sol no me deja vislumbrar bien quién es. Sin embargo, al acercarse, me doy cuenta de que se trata del señor Johnson. Mi corazón se aceleró inmediatamente, comencé a temblar.

Erick Johnson se detuvo frente a mí y me ordenó furioso.

—Entra a la casa, tú y yo tenemos cosas por hablar.

Su voz era imponente y su mirada reprobatoria, no sabía cómo reaccionar, así que me limité a obedecer. Sabía que no había ningún cliente, que se trataba del mismo juego, pero ahora la venta de la casa no me interesaba, solo quería saber el por qué de su actitud, y la razón por la cual regresó después de varias semanas sin saber de él.

Entramos a la quinta, me ordenó que me sentara y lo hice. Él se quedó de pie.

—¿En qué pensabas, Diana? —preguntó con las manos en la cintura.

—Disculpa, no sé a qué te refieres —respondí dudosa, sinceramente no lo sabía.

—Un día te hago mía, y al día siguiente ya te encuentras en los brazos de otro tipo... ¿crees que voy a estar feliz?

—Tú no sabes nada de mi vida —respondí— él y yo llevábamos tiempo juntos y...

—¿y qué Diana? —interrumpió bruscamente—, ¿por qué ocultarlo? Te revolcaste conmigo siendo de otro hombre —en sus ojos se notaba la indignación.

—El y yo nos dimos un tiempo, no pensé que volvería.

Erick respondió profundo, pero sus celos lo delataban por completo.

—¿Y a quién prefieres, Diana?, ¿a él o a mí?

Sé que Erick era un completo desconocido, que apenas hoy estamos entablando una conversación fuera de la cama. En cambio, Rafael es un hombre con el que llevo compartiendo años, con el que he compartido buenas y bonitas experiencias a pesar de que fuese un hombre tan básico y conformista.

Pero mi corazón nunca había sentido antes lo que siente al ver a Erick, al percibir su perfume y su presencia. En definitiva, sin importar lo que pasara después, prefería a Erick, pero no debía demostrarle que estaba loca por él, debía ser más fuerte.

—Rafael ha estado conmigo por mucho tiempo —respondí secamente— creo que la respuesta es obvia, lo prefiero a él antes que a ti.

Erick dirigió sus ojos verdes hacia los míos y sostuvo la mirada. Parecía de buscar la verdad en mi alma, y temí que la hubiese encontrado. En lo más recóndito de mí solo quería volver a sentirme deseada por él, sin embargo, mantenía la distancia.

—¿Sabes algo? —me respondió— Nunca he creído en las palabras más que en las acciones. Así que me voy a encargar de que me demuestres con hechos lo que me acabas de decir.

Pensé que me daría un tiempo, que me pediría que lo piense, pero me puso en una situación mucho más difícil. Tendría que elegir en ese mismo instante con quién quedarme, no había otra opción.

Pero él no esperaba que se lo reafirmara con palabras, esta vez debía hacerlo con hechos. Se sentó a mi lado en el sillón, y apartó mi cabello hacia mi espalda, luego pasó sus dedos por mis clavículas suavemente.

—No sé cómo pudiste acostarte con él, después de haberlo hecho conmigo —dijo suavemente.

—Yo solo quería seguir con mi vida —respondí— y no sabía si te volvería a ver.

—Pero... Diana, aquí estoy.

Iba a responderle, pero mis palabras se ahogaron en un gemido cuando Erick empezó a morder mi cuello y a pasar sus manos por mis piernas. De nuevo me encontraba en esa situación, una situación a la que me moría por volver.

Tomó mi rostro y me besó suavemente, pasó su lengua por mis labios, y hacía que mi imaginación volara. Toqué sus brazos fuertes y seguí besándolo, pero ahora apasionadamente.

Se colocó sobre mí —le gusta ser dominante—, me tomó por el cuello suavemente y tiró de mi cabello de forma sutil, en sus ojos se notaba una euforia salvaje en la que yo me quería deleitar.

Quitó mi blusa y luego mi brasier “esos senos... me vuelven loco” me decía en un tono de voz muy bajo y con la respiración acelerada.

Pasó su lengua por mis pezones, le deleitaba hacerlo y no lo podía disimular. A mi me complacía que lo hiciera y que se perdiera en mis pechos.

De manera muy tranquila me miró nuevamente a los ojos y exclamó.

—Tu cuerpo me reclama, y él no se equivoca.

Estaba en lo correcto, yo pude tomar mi bolso y sostener mi palabra de que prefería a Rafael, pero apenas empezó a besarme y a pasar su mano por mis muslos, cedí completamente. Ese hombre era mi punto débil, y ahora le estoy manifestando con mi humedad, que soy completamente suya.

Enseguida levantó mi falda, le encantaba pasar su lengua por mis muslos y luego introducirla en lo más profundo de mí. Yo solo me dejé llevar de nuevo, no dejaría que moralismos o compromisos me impidieran disfrutar del maravilloso sexo que me hacía sentir este hombre. “Al diablo Rafael, hazme tuya”, pensé.

Abrí mis piernas todo lo que pude y le permití explorarme. Por su parte, el retiró su pantalón y pude apreciar su maravilloso miembro de nuevo. Me arrodilló frente a él, me sujetó del cabello y llevó su erección a mi boca, yo solo me dejaba guiar.

Luego me recostó en el mueble y, penetrándome lentamente me dijo: “soy el único que te hace gozar con esto, Diana. Eres mía”. Me mordí los labios y le dije que sí, luego me penetró completamente a un ritmo alucinante mientras sostenía mis senos.

Estaba sumamente excitada, pero, lentamente Erick se detuvo. Me miró a los ojos y me preguntó “¿te gusta?” asentí, mientras con mis ojos le imploraba que continuara.

Me ordenó que me pusiera de espaldas a él y luego me dijo.

—Has sido una niña muy mala en estos últimos días. Así que te debo castigar para que aprendas la lección.

Estaba excitada pero también me puse un poco nerviosa. Me dio una nalgada, pero el nivel de excitación que tenía la hizo sentir placentera.

Tomó algo que estaba sobre la mesa de estar, al principio no podía reconocer qué era, pero luego me di cuenta “un butt plug”. Nunca había utilizado juguetes sexuales de ese tipo.

—Erick... nunca he hecho nada parecido —le dije un poco nerviosa.

—Hoy te toca —dijo con una sonrisa de medio lado.

Lo humedeció y suavemente lo introdujo en mi ano.

No podía creer lo pervertido que era este hombre, nunca me imaginé estar en una posición como esta, pero vaya ¡qué placentero era! Él solo me repetía “esto te pasa por ser una chica mala”.

Con el butt plug en su lugar, siguió penetrando mi vagina. El placer fue alucinante, no quería que esto se acabara nunca, estaba más mojada que nunca y él seguía haciéndolo, dándome nalgadas, mordiéndome el cuello, “castigándome por mi mal comportamiento”.

Luego retiró el juguete, me había gustado el placer que me generaba, nunca lo había experimentado, así que me molestó un poco que lo hiciera. Pero, una vez que lo quitó, tomó su miembro y comenzó a introducirlo poco a poco.

Nunca había tenido sexo anal... me dolía, pero ese dolor me generaba más placer.

—Relájate. —ordenó.

Obedecí y, como siempre, me dejé llevar. Él se hundió en mí poco a poco, yo sentí cómo iba dilatando para recibirlo y estaba extasiada. Una vez que lo hizo, gemimos los dos al unísono, a los pocos minutos, yo había alcanzado el orgasmo y él, de nuevo, se dejó correr dentro de mí.

Al terminar tomó mis pechos y los acarició. Luego yo volteé para tenerlo de frente y poder admirar esos hipnotizantes ojos, acaricié su cabello y su barba de tres días y lo volví a besar.

Me dirigí rápidamente a vestirme y me ordenó que me quedara solo en tanga, él se quedó sin camisa. No podía quitarle los ojos de encima, era un espectáculo de hombre. Buscó una botella de vino y sirvió dos copas.

—Por lo general esto suele hacerse antes —me dijo—, pero ahora tengo que celebrar porque tomaste una decisión, y me gusta.

Le sonreí, y ambos brindamos, semidesnudos, en el mueble de aquella casa que no era propiedad de ninguno de los dos.

Hablamos por largo rato, él preguntó muchas cosas de mi vida. La conversación giró entorno a mí, él tenía mucha curiosidad por conocerme.

También conversamos de sexo, de mis fantasías. Este era un tema delicado para Rafael, ya que no estaba dispuesto a cumplirlas conmigo. Pero, Erick, era diferente, se escuchaba emocionado, como si estuviese dispuesto a cumplir todo lo que yo quisiera, con la condición de que yo hiciera lo mismo con él.

Perdí la noción del tiempo, era media noche y mi teléfono estaba repleto de llamadas perdidas de Rafael. Me vestí rápidamente y me sentí apenada con Erick, pero debía irme.

—¿Por qué no te quedas conmigo, Diana?

—Rafael está en mi casa. Por más que sea él no sabe nada de esto, debo hablar pronto con él, antes de seguir este juego contigo.

Me ayudó a conseguir mis prendas, que habíamos dejado tiradas en los muebles, cada quien tomó su auto. Él me escoltó con su camioneta hasta mi casa, y luego, sin ningún gesto, siguió por la carretera.

Llegué a casa y me encontré con Rafael, estaba dormido, así que me limité a quitarme la ropa rápidamente y darme una ducha en la oscuridad para que no notara mi hora de llegada.

Pero, de un momento a otro, él entró sigilosamente al baño y, desnudo, entró a la ducha y comenzó a explorarme.

No podía permitir que esto pasara de nuevo, rápidamente lo aparté, me puse una toalla y le dije que había tenido una noche fatal, que mi coche se había accidentado, mi celular estaba perdido y necesitaba tomar una siesta.

Me sentía la mujer más mentirosa del planeta, pero no podía decirle que estoy con alguien más. Lo conozco, se lo diría a mi madre sin dudarlo y quedaría como la mala, cuando él fue quien llegó sin avisar a invadir mi nueva vida.

Nos acostamos, y quedé plácidamente dormida hasta el día siguiente.

Al siguiente día me desperté temprano y fui a trabajar, estaba segura que al terminar la tarde, hablaría con Rafael y toda esta farsa acabaría.

Efectivamente, una vez llegué a casa, hablé con él.

—Rafael... lo siento, pero ya yo no siento nada por ti más que un genuino aprecio.

—Pero... ¿qué dices, Diana? Si tenemos tanto tiempo juntos.

—Es una decisión tomada, por favor, no lo hagas más difícil.

Esa tarde discutimos, él lloró y se sintió indignado. Me prometió que volveríamos a estar juntos, y yo no sabía cómo hacerle entrar en razón.

Al final, quedamos en que permanecería en mi casa hasta la fecha del vuelo, faltaban pocos días así que me pareció razonable. Él prometió que mantendría la distancia y que seríamos de nuevo amigos durante ese tiempo.

Me sentí más tranquila, ya no estaba engañando a nadie, las cosas empezaban a estar más claras en mi vida y eso me mantenía contenta. Llamé a mi madre para ser la primera en darle la noticia, ella lo lamentó, pero sabía que yo no era completamente feliz con él. También habló un rato con él y le dio ánimos, como lo venía haciendo cuando nos dimos un tiempo.

A la semana de mi encuentro con Erick, recibo su mensaje, aclaraba que era su número personal. “El juego con la agente inmobiliaria acabó”, pensé. Me alegré porque por fin tendría la oportunidad de acercarme más a él, pero también extrañaría los seductores juegos a los que me invitaba. Respondí a su mensaje

“Gracias, no esperaba esta iniciativa de tu parte. Sin embargo, extrañaré ese juego que iniciamos hace unas semanas”.

Inmediatamente contestó.

“Los juegos no acaban, hermosa, conmigo nunca acaban”.

Por un momento su respuesta me emocionó, sentir mi teléfono sonar y darme cuenta que era él era la sensación más increíble que podía sentir. Aproveché para aclararle el caso de Rafael, él lo entendió y lo aceptó, o eso fue lo que demostró.

Aunque mi vida personal estaba tomando un rumbo prometedor e interesante, el panorama de mi vida profesional era cada vez más oscuro. Durante todo ese tiempo pude concretar solo una venta, faltaba una semana para cumplir el tercer mes, debía vender cuatro propiedades. Al ritmo que iba, parecía imposible.

Empecé a mover mis influencias en otros estados para conseguir posibles compradores, estaba inquieta todo el día. La primera llamada que esperaba con ansias era la de un posible cliente, la segunda, la de Erick.

Pero, Erick nunca llamaba, y los clientes tampoco. Asumí que no podía confiar mi futuro a este trabajo, por primera vez veía este sueño frustrado y aceptaba la posibilidad de una derrota.

No entendía, al principio la mayoría de los esfuerzos que hacía para vender daban resultados, pero de un momento a otro mi teléfono dejó de sonar, me volví invisible para los clientes, simplemente ya no había interesados.

Esta situación no era la misma para mis colegas, que, una vez comenzaron a vender, mantuvieron un ritmo constante en sus ventas. No llegaron a concretar negocios como la mansión Peninton, sin embargo, su rendimiento no decaía, tal como pasaba conmigo.

Jenny mantenía la fe en mí, aunque ni yo misma sabía qué ocurría. Todo debía estar bien cuando dedicaba horas extra y hacía muchos esfuerzos por conseguir buenos clientes.

Mi mente estaba cada vez más sumida en el trabajo, me sentía frustrada, tenía pensamientos fatalistas, no dormía bien, tenía constantes pesadillas, no aceptaba la derrota. Llegó el viernes, eso significaba que tan solo faltaba una semana, tenía cuatro casas por vender, seguía siendo “invisible” y mi futuro no parecía para nada prometedor.

Pero, recibí una llamada, número desconocido. Al atender, parecía ser un cliente, un hombre interesado en una de las quintas de la constructora Pierce. “Cerrar la semana con una sola venta es malo, pero peor es no haber vendido nada”, pensé.

Concreté la cita para esa misma tarde y acudí puntualmente, como siempre. Para mi alivio, al llegar el hombre ya estaba en la puerta de la casa, esperándome. Nos saludamos, era un hombre bastante atractivo, de piel blanca, alto y de ojos marrones muy profundos, parecía que tenía todas las intenciones de ver la casa, sabía que esta venta se iba a concretar.

Me pareció agradable su semblante, y luego de estrechar su mano profesionalmente, le invité a pasar a la quinta. Empecé por mostrarle la sala de estar, la cocina y luego pasé a mostrarle las habitaciones.

Él parecía estar a gusto en el lugar, “es muy acogedor” decía. Le mostré las habitaciones pequeñas y, al pasar a la habitación principal, abrí la puerta y quedé pasmada al apreciar lo que había en su interior, me paralicé de inmediato.

—Qu... ¿qué diablos haces aquí? —pregunté temblando.

Erick estaba sentado en la cama, sonrió muy galantemente, yo no sabía que hacer, mi cliente estaba detrás de mí, apreciando todo lo que estaba ocurriendo.

Mi prioridad ahora era el trabajo, y Erick no arruinaría eso. Giré hacia el cliente —su nombre es Carl, por cierto—, y le pedí disculpas. Él solo sonrió amablemente.

—¿Cómo estás, Carl? —preguntó Erick.

—Muy bien, amigo —respondió Carl.

—¡Esperen! ¿ustedes se conocen? —interrumpí rápidamente.

Erick asintió en silencio. Luego rompió la tensión que había en la habitación.

—Hermosa, no te preocupes, Carl sabe que eres mi novia —hizo una breve pausa y puso su mano en mis caderas—. Dije que cumpliría todos tus deseos, y eso voy a hacer.

Pero... ¿qué diablos tiene que ver Carl?, espera... ¿su novia?, mis pensamientos estaban desordenados, no sabía cómo actuar. De pronto, recordé que en la conversación que tuvimos en nuestro último encuentro, le hablé de... un trío.

—¿Estás bien? —preguntó Erick.

— Sí, muy bien —respondí sonrojada.

No pensé que Erick me prestara atención, tampoco pensé que estaría de acuerdo, y ahora está aquí, con un hombre casi tan apuesto como él, pretendiendo hacer mis fantasías realidad.

Se inclinó levemente y me besó en los labios, yo respondí. Luego me susurró al oído “solo déjate llevar, hermosa”. Había estado demasiado estresada esos días, quería relajarme, y esta era la oportunidad perfecta.

Erick empezó a desabrochar mi camisa, le hizo un ademán a Carl y él caminó detrás de mí, para bajar el cierre de mi falda. Vi a Carl fijamente, él solo me observó y sonrió un poco, estaba muy sereno. “Todo estaba fríamente calculado”, pensé.

Entre los dos me dejaron en ropa interior, luego Erick retiró mi sostén y empezó a estimular mis pechos complacido. Por su parte Carl pasaba sus manos por mi cintura mientras mordía mi cuello. Era una sensación más que perfecta, yo solo me relajé y me dejé estimular por esos dos hombres.

No podía creer el grado de perversidad de Erick, era capaz de hacer algo que casi ningún hombre se atrevía, solo por complacerme. Yo estaba de pie, Erick se agachó y empezó a practicar sexo oral mientras yo le acariciaba el cabello desde arriba.

La explosión de sensaciones no me dejaba pensar claramente. Solo estaba sumida en mis sentidos, ambos recorrieron mi cuerpo, los dos trabajaban por partes diferentes, Carl llegó a mis pechos y los besó, los estimuló, pasó su lengua. Lo único que no hacía era besarme en la boca, su foco era mi cuello, mis hombros y mi espalda.

Erick me acostó en la cama y comenzó a penetrarme, mientras tanto, Carl introdujo su miembro en mi boca. Ambos se extasiaban dentro de mí, sus gemidos me hacían sentir más deseada que nunca. Luego cambiaron de posición, ahora Erick estaba en mi boca, y se percibía cierto fuego en su mirada al verme ser penetrada por otro hombre.

Practicamos distintas posiciones, ambos me estimulaban todo el cuerpo, yo solo me dejaba llevar llegando al orgasmo en múltiples ocasiones. Un río salía de mí, y ambos lo disfrutaban.

Erick me pidió ponerme de rodillas en la cama, Carl se colocó frente a mí y comenzó a penetrarme, mientras tanto Erick, tomó de la mesa de noche un objeto que me parecía familiar “el butt plug!” lo introdujo lentamente en mí, como había hecho en nuestro encuentro anterior.

Luego me besó los glúteos, los muslos, me dio un par de nalgadas, me mordió el cuello, pasó su lengua por mi oído y me susurró “sabía que eras tan perversa como yo”. Mientras tanto, Carl seguía sin detenerse delante de mí penetrando mi sexo, succionando mis pezones y mordiendo mi cuello.

Después de tanto estímulo Erick retiró el juguete de mí, y empezó a penetrarme con cuidado, diciéndome al oído “solo disfruta, hermosa”.

Ahora tenía a ambos hombres dentro de mí, estaba tan extasiada que no hacía más que gemir, besar a Erick y disfrutar de la presencia de ambos, sentir como sus erecciones salían y entraban en mí incesantemente.

Llegué a un gran orgasmo que humedeció toda la cama, mientras tanto, Erick llegó al orgasmo dentro de mí y Carl retiró su miembro inmediatamente, lo introdujo en mi boca, y llegó al clímax en ella. Los tres alcanzamos un gran orgasmo al mismo tiempo, y eso fue increíble.

Giré de inmediato, miré a Erick, debía limpiarme. Él me dio de una mirada de aprobación, fui de inmediato al baño me aseo, mientras tanto, escuchaba a Erick hablar con Carl. Parecían buenos amigos, quizá ya lo había hecho antes porque estaban sincronizados, ellos solo se concentraron en complacerme.

Al terminar la ducha, ya Carl no estaba, solo estábamos Erick y yo, él servía dos copas de vino y me preguntaba si me había gustado la sorpresa. No pude mentirle, me encantó, y me pareció oportuno que Carl ya no estuviera ahí.

Me dijo que eran buenos amigos, que no me sintiera apenada con él después de esto. Asentí y me sentí tranquila.

Era muy tarde, Erick me preguntó que, si me quería quedar con él, pero, prefería volver a casa, a pesar de todo seguía Rafael allí, y no me gustaba dejarlo solo tanto tiempo, estaba algo dolido.

Me monté en mi auto y, como era de esperar, él me escoltó hasta mi casa. Una vez ahí bajó la ventanilla y se me quedó mirando, sonriente.

Yo terminé de guardar el coche para entrar en la casa, me despedí con un gesto. Pero, al entrar a la casa, me di cuenta que Rafael estaba pasado de copas, triste y molesto.

—¿Por qué me haces esto, Diana?! ¿Estas son horas de llegar?
—gritó.

—No tengo por qué justificar nada, Rafael. Por favor, deja de tomar y acuéstate a dormir.

—¡No!

Me tomó fuertemente por los brazos y me lanzó contra el sillón, de un jalón rompió mi blusa y empezó a besarme a la fuerza. No sabía cómo quitármelo de encima, estaba desesperada.

De pronto, Erick forcejeó la puerta, entró y de un golpe dejó a Rafael sin conciencia. Yo no sabía qué hacer, solo lloré desconsoladamente, sabía que Rafael estaba pasando por un momento difícil, en esta historia, la villana, era yo.

Con ayuda de Erick lo llevamos a la habitación de visitantes, él se quedó un rato más conmigo, no me quería dejar sola con él.

—¿Por qué dejaste que se quedara? —Me preguntó.

—Está deprimido, no sé que estupidez podía hacer estando solo, su vuelo es mañana.

—Entiendo que te preocupe, pero...

—Debo dormir —le interrumpí— el martes acaba mi mes de prueba y no he llegado a la meta. Debo organizar un nuevo plan este fin de semana, me siento estresada.

—Diana... ya no te preocupes por eso, estando conmigo no tienes que preocuparte por dinero. Esa agencia es solo una pequeña parte de mis negocios en todo el mundo, puedes vivir tranquila conmigo.

—No me interesa tu dinero, Erick, ni siquiera sabía que eras dueño de la agencia para la que trabajo.

—¿Por qué crees que tenía acceso a todas las propiedades?, ¿Cómo crees que de un día a otro no recibiste más llamadas, solo las que tenían que ver conmigo?

—Espera... me estás diciendo que dejé de vender... ¿por tu culpa? Por eso mis esfuerzos no daban resultados, porque tú intervenías.

—Ehmm...—por primera vez lo notaba un poco nervioso—, sí, así es. En todas las ocasiones que no recibiste clientes, era porque yo intervenía. Tu trabajo no está para nada mal, solo que, como parte del juego...

—¡Como parte del juego nada, Erick! ¿Tú no te das cuenta que se trata de mi futuro? —le grité—. Lo que para ti fue un juego para mí fue motivo de desvelos, de preocupación, de frustración.

—Pero... tranquila, conmigo tendrás todo, hermosa. De hecho, te lo demostré con el dinero que te di al principio, pensé que con eso...

Lo dejé hablando solo, fui a mi habitación, busqué el cheque — aun no lo había cobrado—, lo rompí en su cara y se lo lancé.

—Para mí el dinero no vale nada, Erick. Quiero lograr mi propia independencia y acabas de arruinar todo mi futuro.

—Pero... yo pensé que estarías feliz porque...

—¡Porque nada Erick! —volví a interrumpirlo—. Me haces el favor y te largas de mi casa. No quiero volver a saber nada de ti.

Se veía impresionado, pensó que sus millonarias empresas serían la justificación para perdonarlo, pero no fue así. Nunca me jactaría de alguien por su riqueza, y hasta ahora es que conozco que este hombre tiene más dinero de lo que imaginé, pero no me importa.

De un momento a otro mi vida personal y profesional estaban perdidas. Me sentí una estúpida por no hablar con Jenny y preguntarle el nombre de ese hombre, y por no relacionar mi falta de clientes con él.

Lloré de forma desconsolada por una hora, luego me acosté a dormir.

Al amanecer, Rafael despertó, no recordaba casi nada. Solo sentía un gran dolor en el rostro, le pedí disculpas y él también me pidió disculpas a mí, sabía que ese golpe no se lo había ganado de a gratis.

Le ayudé a hacer sus maletas, después de un tiempo, sentía que hablábamos de forma amigable, que él había aceptado nuestra ruptura y que estaba más aliviado.

Ese día desayunamos juntos, lo acompañé al aeropuerto hasta que tomó su vuelo. Me abrazó fuertemente antes de irse y me dijo que volvería a verme, más realizada y profesional. Yo también le deseé lo mejor. Quedamos en muy buenos términos, y eso fue motivo de alegría para mí.

A lo largo del fin de semana recibí unas cuatro llamadas de Erick, todas las ignoré. Me escribió pidiendo disculpas, no le respondí.

Él pensó que al día siguiente lo pensaría mejor, que dejaría las cosas en el pasado, pero no fue así.

8

Llegó el martes, mi último día en el trabajo de mis sueños, no había forma de lograr la venta de esas cuatro propiedades. Jenny me vio con mucha tristeza, confiaba que lo lograría, pero, al finalizar la tarde se anunciarían a los nuevos seleccionados para trabajar en la agencia más importante del país.

Por la mañana recibí una llamada, “un cliente”, pensé, y así era. Respondí amablemente y él se presentó.

—Quiero comprar una propiedad —exclamó.

Le di todas las indicaciones, aunque sabía que no tendría tiempo para concretar la venta.

—Señorita, pero yo ya vi la casa, y estaba interesado en ella desde hace semanas. Y solo quiero concretar la venta. Estoy muy interesado, el caballero me dijo que la contactara.

“¿Qué caballero?”, pensé... Concreté la venta, solo faltaban tres casas para alcanzar la meta. Guardaba una falsa esperanza.

Lo cierto es que, durante todo el día recibí llamadas de clientes que me dijeron que desde hace semanas estaban interesados y que ya un caballero les había mostrado las casas. Estaban dispuestos a comprar.

A las 4 de la tarde había concretado seis ventas, más de las que necesitaba.

Jenny estaba sorprendida, no sabía cómo lo había logrado pero era una realidad. La lista de seleccionados estaba lista y colgada en la pared a las 4:30 p.m. No estaba mi nombre.

Los colegas que quedaron estaban celebrando, sabía que era demasiado tarde, ya no había oportunidad para mí.

Pasados unos minutos Jenny llegó con una nueva lista, quitó la que estaba puesta. Este nuevo listado tenía mi nombre, celebré de la emoción y ella me abrazó, diciéndome al oído “sabía que lo lograrías”.

Celebramos hasta muy de noche en la oficina, había logrado mi meta y me sentía bien. Cuando salí de la oficina vi una gran camioneta negra, Erick estaba allí.

Me hizo señas, me invitó a subir. Lo hice, aún estaba molesta.

—Lo lograste, Diana. Te felicito.

—Tú tuviste que ver en todo esto, ¿cierto?

—No del todo, estos eran clientes verdaderos. Solo estaban a la espera de mi indicación para concretar la venta. Pero son tuyos, es tu trabajo, y te felicito.

Sonreí, sabía que todo mi trabajo no había sido en vano.

—Ahora sé que tú eres la mujer perfecta para mí —susurró—, nunca nadie me había demostrado tanta entrega, madurez y convicción.

Me dio un gran beso y me abrazó.

—Soy solo tuyo, Diana.

—Y yo solo tuya, Erick.

Con él, el maravilloso juego de la vida apenas comenzaba, de eso estaba segura.